Me llamaba la mar en los finales días de este verano ardiente de inmortal presencia.

Me llamaba la mar con las sinuosidades de enervantes olas, expectante deleite.

Me llamaba la mar con una voz poderosa de mundos sumergidos, apetencias irresistibles.

Me llamaba la mar con las silenciosas voces de los infinitos seres sustentados en su mundo.

Madre llamamos a la tierra, mas la mar, ¡oh, la mar! sólo ella, habitable la hace, sus aguas le dan vida.

En su seno, sólo existen seres vivos sin distinción de géneros ni arbitrarias divisiones utilitarias.

El mar lo creó el hombre, atraído por el poder, relegó a la vida, y a la mar cambió de género.

¡Oh, mi mar! Disculpa la crasa ignorancia, aprendemos de la vida viviendo nuestra unidad.

Confuso, sin habla, contemplaba tu azul marino reflejo fiel del celeste azul de donde vienen tus aguas.

De la esencia de las rocas forjadoras de mi tierra surgieron todas tus aguas, unidad inigualable.

Me llamaba **mi** mar, admirando las estrellas, yo era la humanidad, unión del cielo y la tierra.

> Santiago Rupérez. Taipéi, 7-9-2020